

EL CHICO DE MARTE

Francisco Vílchez Barea

CAPÍTULO I: ADAM

¿Existen los marcianos? Es la eterna pregunta que la humanidad se ha estado planteando desde que la ciencia demostró la existencia de ese pequeño y cósmicamente cercano planeta rojo llamado Marte. Ese astro de misterioso y mágico magnetismo. El infierno devastado que el dios de la guerra legó bañado en sangre tras su paso por los dominios del gran Monte Olimpo. Después, concedió su nombre a la mayor de sus conquistas.

Cientos de miles de años ha permanecido inerte el hermano más próximo de entre los siete que conforman la familia de nuestra querida Tierra bañada por la luz del padre; el Sol que da vida y despereza a su criatura, y cobijada por el amor de la madre; la Luna que arrulla y ofrece esperanza con su resplandor en la más oscura de la extensa colección de noches tenebrosas que amenazan a su formidable hija.

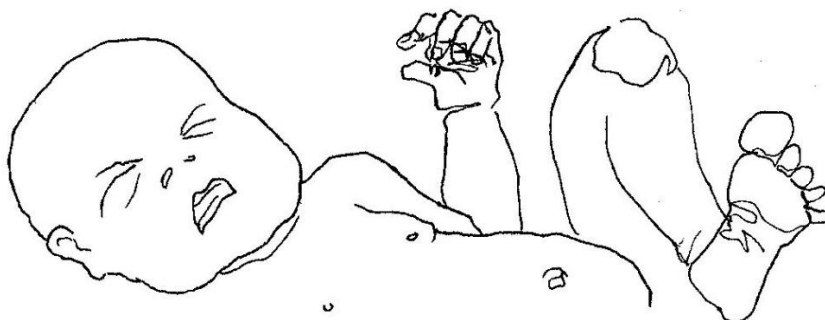
Así pues, la respuesta más frecuente a la cuestión que nos ocupa es que quizá los hubo. Quizá hubo marcianos hace tantos años que nadie jamás podría recordarlo porque nadie jamás ha vivido tanto tiempo como se supone que hace que nadie pone un pie en Marte antes de la llegada del ser humano. Solo queda polvo en el desierto rojo. Tras más de un siglo de investigaciones científicas sobre la superficie marciana tan solo hemos logrado extraer vestigios insignificantes como bacterias fosilizadas y seres unicelulares que, aunque supongan hitos en la investigación sobre la vida extraterrestre, no satisfacen la ancestral necesidad humana de comunicarnos con otras civilizaciones. Hace décadas que comenzó el proceso de terraformación en Marte. Casi desde el primer momento en el que se estabilizaron los primeros mares y lagos en el planeta rojo, prosperaron las primitivas plantas acuáticas que los científicos propusieron para la colonización del planeta por parte de organismos vivos allí nacidos. No transcurrió demasiado tiempo hasta que se logró el desarrollo de las primeras plantas en tierra firme. Los equipos científicos estaban exultantes.

Pero una vez aquí, la maquinaria de la vida se detuvo. La composición del aire era aún tóxica para formas de vida más complejas y todos los intentos por cambiarla resultaban en vano. Hace años que los investigadores dejaron a un lado los infructuosos y costosos trabajos para el progreso de la terraformación limitándose a frenar y solucionar la proliferación de enfermedades que amenazan con destruir todo lo conseguido hasta ahora.

La Tierra era entonces, como hoy, un planeta dominado por la extrema desigualdad social. En tal panorama, el dinero dirigido a las investigaciones científicas que atañen a Marte proviene de enormes capitales privados en cuya mente central no existe la palabra financiación, apoyo o ayuda. Tan solo inversión, negocio, cosecha económica... Así pues, cuando los inversores en el proyecto de terraformación fueron conscientes de que no estarían vivos para inaugurar el primer hotel marciano en primera línea de playa roja comenzaron a retirar el apoyo económico quedando tan solo la ilusión de algunos aficionados a la astronomía y la ciencia además de la fé en el negocio a largo plazo de aquellos inversores que creían en un valioso legado para sus descendientes. No había

apoyo gubernamental porque los gobiernos poderosos son poderosos por estar en manos de gigantescas y ostentosas corporaciones capacitadas para comprar y vender países. Dentro de esos países viven millones de personas, millones de personas que se incluyen en la oferta. Los seres humanos se olvidan de todo lo demás cuando el dinero copa su vida, pocas son las excepciones. Dios está forjado en oro y es la única entidad con la que desean comunicarse. La esperanza por alcanzar una respuesta afirmativa para la incógnita de la existencia de marcianos procedió a desvanecerse progresiva pero rápidamente.

Sin embargo, el 24 de diciembre de 2098 todo cambió. Nació Adam Rotersand. Del pecado fruto del placer y anhelo prohibido para sus padres. Nueve después de que un matrimonio de científicos convirtiese su sueño marciano en pesadilla cuando el deseo pudo más que el millonario contrato firmado a 60 millones de kilómetros de allí. Mordieron la manzana y llamaron a su hijo Adam por ser el primer hombre de Marte.



Hans Rotersand y Katy Rodwell renunciaron a todos sus pagos restantes y aceptaron la condena a permanecer en Marte todo el tiempo que durase la misión y no volver nunca más a la Tierra si así se requería a cambio de la vida de su hijo ya concebido. El amor de unos padres que la ciencia llamaría necesidad reproductiva dio por fin la oportunidad de formular la anhelada sentencia: Sí, existe un marciano. Su nombre es Adam y es el primero con el que los humanos de la Tierra habrán contactado jamás.

La vida en Marte supone el idilio desde un punto de vista científico y parcialmente fisiológico. A pesar de no estar previsto albergar una persona tan joven y adecuar el entorno a las exigencias de una nueva vida, los trabajadores de la base marciana y los inversores ponen todo lo que está en su mano para favorecer la salud del niño y su desarrollo en un entorno cerrado sin peligros y cubierto de todas las necesidades requeridas. Se convirtió de improviso en un experimento sin documentar. Tenía todo lo que necesitaba para vivir, pero solo para eso: vivir en el sentido meramente definitorio del verbo.

Pero socialmente, a pesar de las continuas muestras de cariño por parte de la gran familia que forma la comunidad de investigadores en Marte, era el peor de los entornos. Un entorno donde no había más niños y casi todo el mundo estaba siempre trabajando. Donde no existía el respirar aire puro, no existía tomar el sol si no era a través de un cristal recibiendo los fríos rayos del astro rey que en nada se parece a lo que podría y debería recibir un niño cuya naturaleza está diseñada para vivir en la Tierra. Los únicos seres vivos con los que podría compartir vivencias son unas plantas aisladas en un vivero experimental que requiere desinfección cada vez que es visitado para asegurarse de no “contaminar” el aire “puro” de la base marciana diseñada para evitar cualquier tipo de incidente de origen biológico. Es por esto que no se permitía ninguna clase de animal capaz de desplazarse por los riesgos que un escape podría acarrear.

Hans y Katy eran conscientes de todos estos factores desde el primer síntoma de embarazo que ella sufrió. Incluso antes de comunicarle la noticia a nadie ya comenzaron a investigar como paliar los efectos negativos que acarrearía un niño crecido en un ambiente tan humanamente frío. Ambos atesoraban conocimientos bastante avanzados en robótica por lo que instintivamente idearon el diseño de un robot que pudiese hacer compañía a su retoño. Les parecía lo ideal. Aunque sus conocimientos en educación infantil no fuesen tan avanzados, con la ayuda de sus compañeros de trabajo lograron construir un androide que a buen seguro podría ser el más moderno construido hasta la fecha por manos terrícolas. Mimoo, que así fue bautizada la creación, tenía el aspecto de un niño de 8 años. El perfecto hermano mayor para cuidar, descubrir el mundo y lo más importante: jugar con Adam.

El dormitorio era amplio y de planta redonda. Un friso cercano al techo repleto de silenciosas rejillas purificaba el aire y climatizaba la estancia. Bajo este, las paredes estaban decoradas con imágenes de la Tierra. La más grande era una manada de caballos salvajes que ninguno de los habitantes de la base recordaba haber visto jamás. Si en el hogar natal del *Homo sapiens* los niños decoraban sus habitaciones con sistemas solares, estrellas y las naves en las que sueñan viajar, en Marte a Adam tan solo le inquietaba un lugar entre todos los cuerpos celestes: La Tierra. Había una ventana de grueso cristal a través de la cual se filtraba la luz del lejano sol al día siguiente. Pero hasta entonces, los amorfos Deimos y Fobos dominaban el firmamento poblado de estrellas. Un cielo perfecto cuya vista en la Tierra es solo posible en los rincones más exclusivos que aún reserva el planeta azul para sus más curiosos habitantes. En la litera superior, Mimoo se apagaba durante las horas que durase el sueño de su hermano impuesto dejando tan solo activa la falsa respiración brillantemente simulada. En el colchón inferior descansaba Adam en posición fetal, aún con los ojos abiertos. Katy entro a la habitación para apagar la luz.

-Mamá. –Dijo Adam, un niño pálido de pelo y ojos negros como el carbón, los pómulos poblados de pecas sobre unas mejillas sonrosadas que rodeaban su nariz y labios redondos.

-¿Aún sigues despierto? –Katy acarició la tupida y lisa cabellera de su hijo mientras este se giró para mirarle.

-Es que estaba pensando.

-¿En qué pensabas, cariño? –Katy sonreía con ternura.

-¿Cuándo voy a ver un caballo? –La pregunta inquietó terriblemente a Katy.

-Bueno... Los estás viendo todos los días. ¿Quieres cambiar de foto?

-No. Me gustan los caballos. Quiero ver un caballo de verdad, mamá. –La mirada de Adam era dulce y severa.

-Peque... Sigue pensando en esos caballos. Si te concentras de verdad, cuando te duermas podrás verlos e incluso acariciarlos, mi vida.

-Pero yo no quiero más sueños... -El niño se frotaba los ojos.

-Adam... Duérmete, anda... Ya sabes lo que te dice siempre papá.

-Los sueños se hacen realidad. –Adam se volvió a girar de cara a la pared para colocarse en la misma posición en la que estaba antes de hablar con su madre.

-Eso es... -Dijo la madre, dubitativa y cariñosa con los ojos húmedos, antes de besar la cálida mejilla de su hijo. Una lágrima se desprendió de su rostro para impactar contra el de Adam que se frotó la cara tímidamente al notar la leve humedad. Katy contempló la imagen de los caballos antes de apagar la luz. La puerta corredera de cierre automático y hermético dejó a la mujer apartada del dormitorio infantil. Se volvió y se echó sobre la puerta dejándose desplomar poco a poco mientras dejaba salir a flote un discreto llanto de frustración. Al fondo del pasillo apareció Hans con una bandeja en la que portaba dos infusiones. Al ver a su mujer llorando la dejó cuidadosamente en el suelo para acercarse a ella con preocupación.

CAPÍTULO II: DULCES SUEÑOS

-Katy... ¿Qué ocurre? –Le apartó las manos mojadas del rostro y ella levantó la mirada hacia los ojos de su marido, en seguida se puso en pie. Katy era una atractiva mujer norteamericana de figura atlética y voluptuosa coronada por unos pechos grandes y firmes cuyo balanceo excitaba especialmente a Hans cuando su mujer se deshacía del sujetador para taparse únicamente con la pieza superior del pijama.

-No tendrá 5 años siempre, Hans. –Dijo con dificultad.

-¿Los caballos? –Preguntó Hans apenado. Katy asintió con la cabeza.

-¿Quieres que grabemos sus sueños a partir de mañana? –Hans, con los ojos vidriosos, colocó sus manos sobre la faz de la madre de su hijo apartándole el oscuro pelo para ver mejor sus facciones. Hans miraba a su mujer frente a frente pues no era demasiado alto para ser alemán aunque sí de complexión atlética y fuerte. El color de su pelo moderadamente largo era de un naranja oscuro que se podía confundir con un apagado carmín si no se miraba con la luz adecuada.

-Me da miedo... -Contestó ella.

-A mí también. Por eso creo que deberíamos hacerlo. – Katy volvió a asentir con la cabeza en esta ocasión más rápidamente y en repetidas ocasiones.

Al día siguiente, nadie sabe cuál de la semana pues en Marte la noción de los días de la semana desaparece, Adam despertaba como cada mañana en una habitación en la que ya no estaba la gran foto de los caballos. Hans y Katy decidieron cambiarla por un paisaje marciano hipotéticamente terraformado. Les dolió mucho llevar a cabo este acto de frustración indirecta de las aspiraciones y deseos de su hijo pero es que las preguntas a las que los sometía casi cada noche les torturaban. Adam no preguntó por los caballos aunque por otra parte mostró total indiferencia con la imagen de algo que le resultaba tan cotidiano como un paisaje marciano a pesar de la vegetación superpuesta y animales paseando. No le transmitía nada, sus deseos eran, descaradamente y sin necesitar palabras para describirlo, ver un día ese lugar tan maravilloso donde vivieron sus padres: la Tierra.

-Me gustaban más los caballos. –Le dijo Mimoo a Hans y Katy. –A Adam también. Pero él está enfadado y nunca os lo dirá. Cree que está castigado, piensa que por el deseo de ver un caballo. –Mimoo les dijo esto sin detenerse.

-No... Mimoo... Nosotros jamás... -Hans agarra a Mimoo por el hombro. Este se giró.

-Tengo que preparar el holograma para mi hermano antes de que me descubra. –No había expresividad en la mirada de Mimoo. Solo está programado para recrear sentimientos delante de Adam o hacia él. –Tenéis que iros a trabajar. No os preocupéis, todo irá bien. Cuando volváis deberíais hablar con él. Pero primero ved lo que habéis grabado.

-¿Qué hemos grabado qué? –Katy se sorprendió ante la, para su gusto, excesiva perspicacia del robot.

-Sé que lo habéis hecho o lo haréis pronto. –Mimoo se volvió a girar para seguir su camino al salón de juegos que al mismo tiempo hacía las veces de aula dónde Adam aprendía lo que aprenden los niños en la Tierra acompañado por un Mimoo programado para comportarse como un compañero de clase más, como si no supiese nada de la información que recibía en esas clases. Los hologramas de diferentes profesores de educación infantil se sucedían según las materias correspondientes ofreciendo fieles aunque frías enseñanzas. La interacción con estos programas era limitada pues nadie puede predecir todas las dudas y preguntas que se puede llegar a formular la insondable mente de un niño de 5 años. Mimoo trataba de explicar las cosas que Adam no entendía haciendo nuevamente un soberbio papel de hermano mayor.

-Cuando llueve, la luz del sol pasa a través de las gotas de agua y éstas convierten esa luz blanca en los 7 colores que puedes ver en la formación de un bonito arcoíris. –Explicaba el catedrático de educación infantil Carlos Acosta, considerado el mejor educador infantil de la segunda mitad del siglo XXI y lo que llevamos del XXII.

-Yo nunca he visto un arcoíris. ¿Por qué no hay arcoíris en Marte? –Preguntó Adam ante la explicación de este fenómeno exclusivo de los planetas donde se genera la lluvia.

-Cuando llueve, la luz del sol pasa a través de las gotas de agua y éstas convierten esa luz blanca en los 7 colores que puedes ver en la formación de un bonito arcoíris. –El holograma de Carlos Acosta no estaba preparado para niños que no viviesen en la Tierra y por ello volvió a repetir la respuesta más cercana a la pregunta del su alumno.

-En Marte no llueve. Pero el trabajo de papá y mamá consiste en lograr que llueva. Pronto podrás ver un arcoíris, hermanito. –Mimoo sonrió complaciente a su falso hermano que no le devolvió la sonrisa.

-¿No sería más fácil ir a la Tierra a ver uno? –Cuestionó Adam.

-Para eso se necesita mucho dinero. –Contestó Mimoo.

-¿Qué es dinero? –Preguntó Adam, pues aunque en la Tierra todos los niños están familiarizados desde su nacimiento con el insulso pero primordial valor del dinero, él escuchaba esta palabra por primera vez. Mimoo, programado para tener siempre una respuesta o aprenderla, contestó sin vacilar.

-No sé qué es exactamente. Pero sé que es importante. Papá, mamá y los demás siempre están diciendo que necesitan más. –Adam no se mostraba convencido con la explicación de

su robótico hermano, no en su gesto, ya que preguntar, no volvió a preguntar. No a Mimoo. Esa noche, los padres de Adam decidieron conectar la grabadora de sueños a su hijo.

-¿Qué es eso? –Preguntó Adam.

-Es una máquina para grabar tus sueños. ¿Te gustaría probarla? –Dijo Hans. –Si sueñas algo bonito podrás volver a verlo cuantas veces desees.

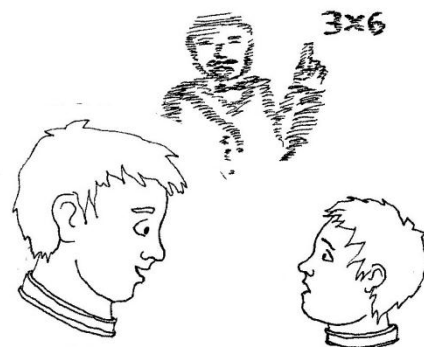
-¡Qué guay! ¿Duele? –La excitación inicial de Adam se vio interrumpida por la más primaria de las preocupaciones.

-No, hijo. Solo tienes que colocarte este gorro. –Hans mostró a su hijo algo parecido a un gorro de piscina. Por dentro estaba atestado de circuitos y mecanismos electrónicos para procesar las ondas cerebrales que enviaba a un aparato cilíndrico del tamaño de una botella de litro y de aspecto austero con la única característica del nombre del producto, dreamfilms 2.0, y los pilotos que indican que está recogiendo datos y si está apagado o encendido.

-Buenas noches, papá.

-Buenas noches, hijo mío. –Hans abandona la habitación apagando la luz.

En la Estación Espacial Marciana Columbus, la actividad era constante. Siempre había alguien trabajando y siempre había mucho trabajo que hacer. La alta ocupación de los trabajadores se compensaba con 2 o 3 días libres a la semana. Así pues, no fue hasta varios días después cuando Hans y Katy tuvieron un hueco y se decidieron a ver los sueños grabados de su hijo. Podían estar seguros de que no verían nada horrible dado que si Adam hubiese tenido alguna pesadilla probablemente se lo habría comunicado a sus padres y con total seguridad a Mimoo, fiel chivato.



-Bueno... Es nuestra primera vez... je, je, je. –Hans bromeaba al dar la orden de reproducir en el mando holográfico que se proyectaba desde el sofá de la zona común de la sección residencial de la familia Rotersand.

-Qué idiota... -Le contestó Katy, algo nerviosa respecto a lo que podrían esperar ver.

-Anda que se pue... -Hans intentaba picar a su mujer, pero esta le cortó con seriedad.

-Calla, pesado, que empieza. –Le dio un manotazo en el muslo. Hans hizo un gesto de resignación con el rostro y acto seguido concentró su atención en la táctilmente intangible pantalla, también holográfica pero en este caso evitando toda transparencia para su mejor visualización. La reproducción, con cámara en primera persona, comenzó con Adam mirándose al espejo y poniendo caras. Continuó con el chico orinando lo que provocó la tímida risita de Hans que nuevamente fue golpeado en la pierna por Katy que negaba con la cabeza. Los primeros minutos atendían al guión de una mañana cualquiera con la particularidad de que la base estaba abarrotada de ventanas y el sol iluminaba el edificio con gran energía llenándolo de vitalidad. Que las ventanas se encontraban abiertas quedó patente cuando los padres de Adam aparecieron en la escena y el pelo de Katy se balanceaba con gracia al viento. “Corre, sal fuera a jugar, tu hermano te está esperando.” Decían ambos al unísono.

-¿Dónde va? –Preguntó la inquieta madre al ver que su hijo avanzaba por zonas de la base algo distorsionadas de la realidad e incluso inexistentes.

-Vaya... -Espetó Hans cuando Adam llegó a una enorme puerta. Fuera la lluvia era fuerte pero respetuosa y la luz de un sol radiante atravesaba las cortinas de agua pintando un precioso arcoíris completo aunque irreal, el niño nunca había visto un arcoíris más que en las fotos y dibujos que se proyectaban en las clases de su pequeño colegio particular. Por lo tanto el colorido producto de la descomposición lumínica se presentaba opaco, brillante y pequeño. Resultaba hartamente divertido a ojos de sus padres. “¡Eh! ¡Adam! ¡Vamos! Tengo una sorpresa para ti.” A lo lejos Mimoo llamaba la atención de su hermano. Y se podía llamar hermano porque, en el sueño, el aspecto del robot era inquietantemente humano dado que para el punto de vista del ingenuo Adam así era. La perspectiva de protagonista onírico que no sabe la verdad acerca de la persona con la que más tiempo comparte creyendo que es de su propia sangre, sangre que no emanaría de ninguna herida de quién ni tan siquiera es un ser vivo. Tras esa llamada, Adam se adentró en el denso bosque verde junto a Mimoo. La lluvia, curiosamente carente de nube alguna desde la que precipitarse, era constante. Los hermanos cogidos de la mano encontraron un claro entre la espesura. Allí, los caballos bebían agua en un lago y cuando se percataron de la presencia de los niños acudieron con entusiasmo a encontrarse con ellos. Los formidables animales, cuyas crines no se mojaban con la lluvia, no superaban los 80 centímetros de altura ya que de otra forma no sería posible para Adam montar en ellos tal y como le habían contado sus padres y el profesor Carlos Acosta. El sueño continuó en una orgía visual de paisajes y experiencias surrealistas a la par que idílicas en el terreno terrestre que aborda la imaginación y los deseos del primer niño no nacido en el planeta Tierra. Las imágenes rebosantes de alegría y felicidad suponían lo contrario para sus padres que, llegadas las dos horas de observación, se encontraban ambos saturados.



-¿Lo quitamos ya? –Propuso Katy entre lágrimas.

-Sí... Creo que... Ya es suficiente. –Sentenció Hans, también con las mejillas húmedas. Katy apagó la pantalla y se acurrucó junto a su amado. -¿Echas de menos la Tierra? – Preguntó él.

-No es eso lo que más me preocupa ahora mismo. –Respondió ella.

-Ni a mí, pero esas lágrimas también se deben a que echas de menos la Tierra. –Replicó Hans.

-Sí. –Admitió la madre del primer marciano.

A veces, cuando Mimoo no estaba con él para regañarle, Adam aprovechaba para pasear por las instalaciones imaginando y casi palpando los mundos incomprensibles para el resto de mortales que su mente dispersa y hambrienta de relaciones personales creaba para alimentar su necesidad. Le gustaba sobre todo visitar al biólogo e ingeniero genético chino Kim Xiang. A Adam le gustaba mirar por los microscopios de Kim. Le fascinaba la grandiosidad del milagro primigenio que acontecía durante el proceso de citocinesis. Podía permanecer largos minutos con el ojo derecho observando por la lente del viejo aparato hasta que los músculos de su cuello cedían y era el propio microscopio el que le sujetaba la cabeza. “¿Has estado con Kim?” Le preguntaban sus padres siempre que regresaba de este especial recreo. Adam se cuestionaba cómo podían saberlo pero es que él no reparaba en la marca rosada que circundaba su curioso ojo derecho cada vez que le interrogaban. Otra de las actividades favoritas que el inmenso laboratorio de Kim podía ofrecer al niño era mirar a través del microscopio de máxima precisión. El científico chino poseía uno de los microscopios más potentes jamás fabricados. En este caso tan solo tenía que sentarse tranquilamente en el sillón y atender a la pantalla holográfica en la que podía ver luchar a miles y miles de seres minúsculos librar terribles batallas contra los despiadados virus como si de una película bélica se tratase. Pero ninguno de estos estupendos aprendizajes era su favorito. Con Kim hacía algo mucho mejor. Mucho más mundano para Kim y, sin embargo, cuentos de fantasía para Adam.

-¿Me vas a contar un cuento hoy, Kim?

-¿Qué cuento quieres, renacuajo? –Dijo el delgado científico mirando por encima de las gafas y rehaciéndose la cola que sujetaba su largo pelo.

-Mmm... ¿Los renacuajos viven en la tierra?

-Pues sí... –Contestó Kim confiando en que aún no se hubiesen extinguido. Su mirada ligeramente apesadumbrada denotaba esa preocupación.

-Entonces cuéntame una historia sobre renacuajos. –Adam derrochaba ilusión, pues no sabía qué era un renacuajo, tan solo que era pequeño como él y que vivía en la Tierra como él deseaba. –¿Cómo son?

-Sobre renacuajos... Mira. Estas son unas fotos de renacuajos. –Kim buscó unas fotos de larvas de rana en altísima calidad que guardaba en su ordenador.

-Tienen la cara graciosa, como yo. –Observó Adam. Kim dejó escapar la risa.

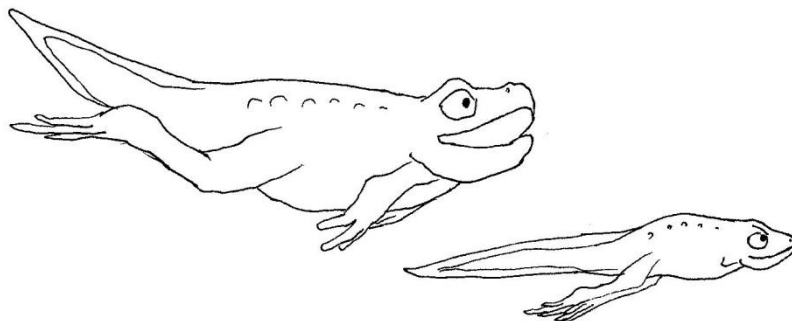
-Y además son curiosos, como tú. ¿Por qué crees que te digo renacuajo si no? – Evidentemente, Kim estaba improvisando. Nunca se le había ocurrido relacionar renacuajo con Adam a causa de estas características. Tan solo era un forma cariñosa de dirigirse a un niño al que consideraba algo así como su sobrino favorito. Casi el hijo que nunca tuvo. –

Bien... Había una vez dos renacuajos llamados Seng y Yao. Eran inseparables y muy curiosos.

-Como Mimoo y yo. –Interrumpió el pequeño Adam.

-Sí... Como Mimoo y tú. –Kim dejó escapar una sonrisa compasiva. –Seng era mayor que Yao y cuidaba mucho de él. Al igual que hace Mimoo contigo. Casi todos los días, los padres de Seng y Yao les echaban una buena regañina porque no podían evitar ir por ahí a explorar otras charcas que conectaban con la suya. “Os quedaréis varados”. Les decían sus padres. Pero ellos volvían a explorar al día siguiente. Por el camino conocían a peces con los que hablaban largos ratos. Estos escamosos viajeros contaban historias maravillosas acerca de viajes a lo largo y ancho de todos los ríos de la región. Dónde los insectos se comen a los renacuajos y todos los peces intentaran hacer de un rico y tierno anfibio su almuerzo. En una de estas escapadas, Yao se dio cuenta de que su cuerpo, que cambiaba cada día, había llegado a un punto de transformación muy especial; le habían salido dedos en las patas que no hace demasiados días aún eran pequeños bultitos y estaba entusiasmado. Bajaba constantemente al fondo de las charcas y riachuelos para apoyarlos y saltar de guijarro en guijarro. Se acercaba a la orilla y se impulsaba apoyándose en los bordes más próximos a la superficie. En esta vorágine de excitación y juventud, Yao no se percató de que el río se acercaba a una aglomeración de rocas contra las que sería golpeado por el agua hasta la muerte si no se detenía a tiempo. Seng, cuyas patas estaban mucho más desarrolladas e incluso su piel se tornaba ya verdosa, le advirtió con sensatez pero Yao no le hizo caso, estaba motivado y quería demostrar a su hermano mayor que él era el más valiente de los dos. “¡Yao párate ya!” Le gritaba Seng. Pero Yao le ignoraba. “Puedo hacerlo”. Pensaba. Entonces saltó. –Adam abrió unos enormes ojos. –El menor de los renacuajos ya estaba en la roca, pleno de felicidad. Reía y celebraba por todo lo alto la victoria frente a su ahora enfadado y derrotado hermano que refunfuñaba en un extraño idioma. Satisfecho, Yao decidió volver al agua pero no tardó en darse cuenta de que sus patas no llegaban al suelo. No podía moverse del lugar en el que estaba. Seng rompió a reír a carcajadas. No podía parar. Su hermano pequeño le gritaba desde la roca. “¡Seng, no te rías, idiota! ¡Ayúdame!” El mayor de los renacuajos no hacía caso de Yao. “¡No pienso saltar ahí. No soy tan tonto como tú!” Le gritaba Seng entre risas y enfado. “¡Voy a buscar a mamá y papá y ellos te sacarán de ahí!” El hermano mayor saboreaba su victoria. “¡Eres un cobardica!” Le gritó Yao. Seng no hizo caso y siguió su camino nadando a través del agua. Pero el trayecto duró pocos segundos cuando oyó la voz de su hermano esta vez quebrada y temblorosa de miedo. Algo ocurría. Seng se giró y lo vio; un gato salvaje se acercaba lentamente a Yao que no paraba de agitarse y gritar. El gato se relamía mientras Seng trataba de superar su bloqueo mental. “¡Lo siento, Seng!” “¡No eres un cobarde!” “¡Oí decir a papá que ya eres toda una rana!” Yao decidió confiar en su hermano a pesar de que el sentimiento de culpa le pesaba como un yunque. –Adam sonreía victorioso y se atrevió a afirmar que Seng salvaría a su hermano pequeño. Kim sonrió con complicidad y prosiguió con su narración. –“Ya soy toda una rana”. Se dijo Seng mirándose las patas y el color de su piel. Nadó rápidamente hacia las piedras y saltó fuera del agua escasos segundos antes de que el gato salvaje decidiese acompañarle con el objetivo completamente opuesto. Seng, toda una rana, agarró a su hermano, aún renacuajo, y ambos pasaron entre las garras del gato. Menos de un milímetro los separó de quedar atrapados entre ellas y ser devorados por el gigantesco felino. Los hermanos se zambulleron en el agua al otro lado de las rocas y el gato, lejos de tener el mínimo contacto con la más pequeña gota de agua, se fue por donde había venido en busca de otras presas más despistadas. “Siempre confié en ti”. Dijo Yao, aún tembloroso a su hermano. “Ya eres toda una rana”. Apuntilló. “Te quiero”. Confesó. “Yo

a ti también, renacuajo. Es lo que me dio todas las fuerzas. No le digas nada a papá y mamá hasta que mi piel esté del todo verde.” Y así, sanos y salvos, los hermanos renacuajo regresaron a la charca. Ya no volvieron a pelearse y el menor soñaba con ser toda una rana como Seng y el mayor se sentía más satisfecho que nunca por tener la responsabilidad de cuidar de Yao. FIN. –Adam aplaudió con efusividad.



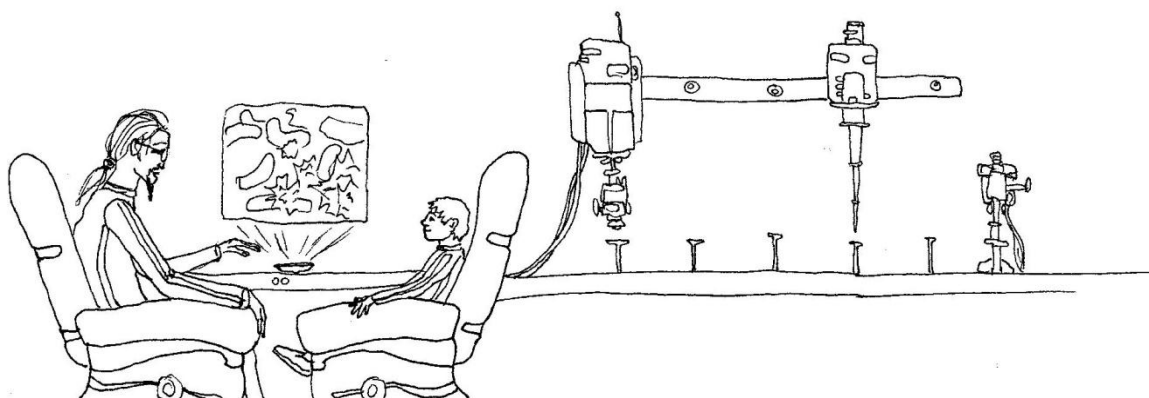
-¿Te ha gustado, Adam?

-¡Mucho! –Dijo el pequeño. –¿Los renacuajos se convierten en rana? ¡Qué guay! Quiero ir a un bosque. Quiero ver ranas y renacuajos.

-Para eso tendrás que ir a la Tierra, renacuajo. –Destacó Kim.

-Para eso se necesita mucho dinero. –Dijo Adam muy seguro de lo que hablaba.

-¿Quién te ha dicho eso? –Kim estaba realmente sorprendido. No era de esperar que ese niño tuviera contacto ni conocimiento alguno acerca de tan ambiguo término y menos aún en Marte.



-Mimoo dice que lo ha oído. Pero dice que no sabe lo que es el dinero. –La voz de Adam se apagó poco a poco con levedad.

-Verás, Adam. En la Tierra. Todo tiene un valor. Para conseguir las cosas que quieres hay que ganárselas. Para ganarse las cosas tienes que trabajar. Y cuanto más trabajos y más importante y mejor sea tu trabajo, más valor tendrá. Ese valor se llama dinero.

-¿Todo esto se ha hecho con dinero? –Dijo Adam refiriéndose con sus brazos extendidos a la amplitud del formidable laboratorio.

-Con trabajo. Pero ese trabajo tiene valor y a cambio hay que dar dinero. –Explicaba Kim.

-Qué raro es eso del dinero... -Adam expresó confusión combinada con el sueño que ya le tiraba de los párpados.

-Sí, es cierto. -Kim rió ante la ironía que había espetado el niño. En ese preciso instante, Katy apareció en el laboratorio. -Hola, Katy. ¿Qué tal?

-Hola Kim... ¿No te habrá dado la lata?

-No te preocupes, lo pasamos muy bien. ¿Verdad, Adam? -Kim miró con sus ojos rasgados y amable sonrisa al primer marciano de la historia.

-Sí. -Adam contestó rápido y cerrado. Mostrando todo su equipo dental en una exagerada sonrisa que parecía buscar la compasión intangible de su madre.

-Vamos, Adam, que estás que te caes. Tienes que cenar y a dormir. Dile buenas noches a Kim. -Katy cogió a su hijo en brazos.

-Buenas noches, Kim. -Adam se despidió agitando la mano y enseguida recostó su cabeza sobre el hombro de su madre.

-Buenas noches, renacuajo. -Kim dibujó una sonrisa torcida fruto de su satisfacción personal. Quería mucho al pequeño Adam.

CAPÍTULO III: MIMOO

Habían transcurrido ya 4 años desde que Kim le contó a Adam aquella historia de los renacuajos que tanto le marcó. Desde entonces, se comparó todo el tiempo con quién creía que era su hermano. Lo tomaba de ejemplo más que nunca y se sentía protegido ya que Mimoo tenía todo aquello que admiró del mayor de los renacuajos. Sin embargo, había algo que no le cuadraba. A pesar de que Mimoo siempre era más fuerte, más sabio y más tranquilo que él, faltaba un factor para completar su ideario conformante del hermano mayor perfecto. Mimoo era, cuando Adam cumplió 9 años, exactamente igual de alto que él. Esto no le parecía normal. De hecho, tenía la sensación de que Mimoo no crecía nada ni parecía un niño de 12 años. Al menos, lo que él imaginaba que debería ser un niño de 12 años ya que nunca había visto uno. El asunto le escamaba pero nunca se atrevió a mencionarle nada a su hermano por temor a que se sintiese ofendido. Esto no significa que dejase pasar de largo el tema.

La familia Rotersand desayunaba en la zona común de su sección residencial adaptada exclusivamente para una familia. Mimoo terminó el primero, como siempre, y se fue al baño a hacer sus necesidades antes de desprenderse del pijama y vestirse con ropa limpia. Siempre hacía esto a solas y en ningún momento de su vida vio Adam a Mimoo saltarse este ritual tan extraño. Cierto es que la vida de Mimoo era excesivamente ordenada para ser un niño pero, claro, es que el robot era el hermano mayor. Adam no veía nada de extraordinario en esto, no por el momento.

-Mamá. –Intervino Adam rompiendo el silencio que conjuntaba la familia aún en fase de desmerecerse y con legañas en los ojos.

-¿Sí? –Atendió Katy.

-Ya casi soy más alto que Mimoo. –Adam abría los ojos como retando a su madre a formular una respuesta convincente.

-Estás creciendo muy rápido, Adam. Vas a adelantar a tu hermano. –Hans acudió al rescate de su esposa.

-Creo que eso a Mimoo no le gustará. –Añadió el niño. –El hermano mayor tiene que ser más alto.

-No siempre tiene que ser así, Adam. Tu tío, al que algún día conocerás, era más alto que yo. –Hans gesticulaba mucho con las manos cuando hablaba. –Y nació 3 años después. Justo los mismos que os lleváis tú y Mimoo. –Hans mentía. –A veces unos niños crecen antes de tiempo o todo lo contrario; tardan más. –Una vez más, Adam parecía oler la mentira de boca de sus padres sin atreverse a contradecirles.

-No sé... -Se limitó a decir. Mimoo regresó en ese instante con su familia. Y puede decirse esto sin entrecornillar puesto que pertenecía tanto a la familia que hablando en términos estrictos se debía considerar propiedad de la misma.

-¡Adam! Te toca. Ya está libre. –Cuando Adam se marchó, Mimoo tomó parte en la discusión. –Mamá, papá. Un día lo descubrirá. Ya se está haciendo mayor... No es tonto ni tampoco un ingenuo niño de cinco años. ¿Qué hacemos? –Dijo mecánicamente.

-No mientras no tenga contacto con otros niños... -Dijo Katy con semblante triste.

-Se hace tarde. –Sentenció Mimoo.

-No podemos costear ni nos costearán un viaje a la Tierra. Tampoco queremos ni es legal que un niño haga un viaje tan largo solo. –Explicó Hans. –El próximo en ser relevado es Kim, pero para eso faltan aún dos años. Así que de momento tendremos que esperar.

-Lo sé. –Contestó Mimoo con frialdad. Pues era un robot actuando fuera del papel para el cual estaba programado. –Pero dos años es demasiado tiempo.

-¿Nos vamos a clase? –Dijo Adam a su regreso. Mimoo cogió sus cosas y se marchó con su hermano.

-Katy. –La pareja se había quedado a solas. -¿Qué hacemos? –Hans parafraseó al robot.

-Confiar en que nuestro hijo no sea tan listo como parece. –Dijo ella apoyando la cabeza en la mano del brazo derecho clavado en la mesa junto a su café.

-El tema, nena, no es que sea más o menos listo. Es que no es tonto. Con nueve años que tiene viene y nos dice esto. Bien, ya sabemos que no es tonto. –Hans sonrió con ironía tratando de bajar el nivel de tensión del momento.

-Déjalo. Me voy a trabajar. –Pero no funcionó. Katy se terminó el café de un trago tras decir esto y se marchó. Hans no quiso arreglar el roto. No era el momento. No era el momento

para hacer ningún comentario sin reflexionar primero profundamente. Así que se quedó dónde estaba, meneando la cucharilla del café lentamente.



Adam y Mimoo jugaban a las peleas encima de un colchón en el gimnasio.

-¡Te tengo! ¡Te tengo! ¡Ja, ja, ja! –Adam estaba ganando por primera vez a su hermano. Se encontraba sentado sobre su cintura sujetándole los pies con los suyos propios y con los brazos tenía casi inmovilizados los de Mimoo.

-¡Está bien, está bien! –Decía Mimoo con frustración. –Has ganado... Algún día tenías que ganar. No te acostumbres.

-¡Ja, ja! ¡Sí! –Adam soltó los brazos de Mimoo y se apoyó sobre su pecho. Percibió un calor insólito y el gesto de su rostro pasó de la triunfal felicidad a la confusión. Continuó con las manos apoyadas sobre el pecho de su hermano varios segundos hasta que este pareció encontrarse molesto por lo que estaba haciendo y se apresuró a zafarse del candado humano que efectuaba Adam.

-¿¡Qué haces?! ¡Quítate ya de encima. –Gritó Mimoo. Adam no lo había visto nunca tan molesto por algo. En realidad, el comportamiento tranquilo e inalterable de Mimoo con su hermano menor era completamente antinatural y fruto de la programación del complejo software que hacía las veces de cerebro. Pero este es un aspecto que Adam era por completo incapaz de tan siquiera sospechar puesto que nunca había visto más parejas de hermanos que la que formaban él y Mimoo. No tenía la posibilidad de hacer comparación alguna para llegar a una conclusión. Ni siquiera era posible que esto se le pasase por la cabeza. El androide se fue al vestuario para cambiarse de ropa. –Deja la ropa sucia en la cesta, Adam. –Dijo. Pero Adam no advirtió lo que Mimoo le estaba diciendo. Tenía la mirada clavada en sus manos calientes y considerablemente enrojecidas. –¿Adam? ¿Te encuentras bien? –Preguntó Mimoo.

-Sí, sí. Ya voy. –Adam se desvistió y atavió con el traje que todos vestían en la base durante el día. Un uniforme absolutamente carente de personalidad que Adam odia con todas sus fuerzas. Era completamente blanco decorado con unas bandas negras en los brazos y piernas. Un logo de la Federación Espacial Internacional lucía en el centro del pecho. –Déjame que lleve yo la ropa a lavar. –Adam arrebató de las manos de Mimoo la cesta de ropa sucia.

-Pero si basta con colocarla en la cinta... -Mimoo se extrañó.

-Tengo curiosidad por ver a los robots de la lavandería. –Adam arqueó las cejas y sonrió.

-Está bien. Voy contigo. Te explicaré cómo funcionan. –Dijo un complaciente Mimoo.

-¿No ibas a jugar una partida de ajedrez con papá? –El menester que llevaba a Adam a la lavandería resultaría frustrado si no iba solo.

-Es cierto. –Fingió recordar Mimoo que disimulaba eficazmente como su robótica intuición le hacía entrever que Adam estaba barruntando algo. No obstante, no supo inventar una mentira que le permitiese acompañar a Adam. Así que se limitó a seguirlo con extremo sigilo. El trío de robots domésticos que el niño marciano halló en la lavandería no tenían nada que ver con Mimoo. No tenían un recubrimiento que imitase la piel humana y ni mucho menos poseían pelo. En lugar de ojos tenían una brillante lente electrónica y el único orificio de su cuerpo elegantemente acabado en titanio era el altavoz en forma de discreta ranura ubicado en el lugar que correspondería a la boca de un ser humano. Estos androides tenían la especial particularidad de ser extremadamente obedientes. Toda orden podía ser interrumpida para satisfacer una nueva siempre y cuando viniese de las personas para las cuales estaba obligado a obedecer. La creatividad no existía en su software. Nada que les humanizase ya que era la nueva tendencia en la robótica doméstica. En contraposición a los inicios de este campo de la tecnología, los robots domésticos acabaron por requerir una apariencia y comportamiento que los definiese como máquinas. Cuando casi el total de la población mundial con posibles pudo costearse uno, por las calles de las ciudades era casi imposible distinguir entre máquina y persona. Este hecho acabó por incomodar a los ciudadanos que acabaron por ejercer demanda, poco a poco, de la necesidad moral de diferenciar claramente a los robots.

-Hola, Adam. –Dijeron al unísono las tres máquinas mirando al chico sin cesar su tarea. Adam vació la ropa sucia en la cinta transportadora que aquí llegaba a su fin. –Gracias, Adam.

-Número 02. –Adam se dirigió al más cercano de ellos.

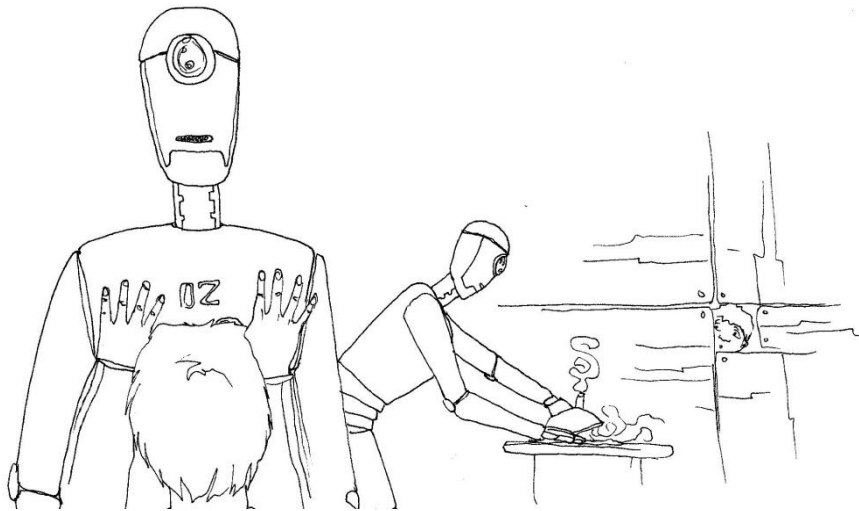
-A tu servicio. –El robot pausó su actividad y se erigió firme ante el niño.

-¿Echamos una carrera? –La picardía se apoderaba del rostro de Adam.

-Claro, Adam. Cuando me digas. –El robot se colocó en posición de salida y el chico marciano junto a él.

-5, 4, 3, 2, 1, ¡YA! –El androide, servicial, perdió la carrera a propósito. Adam le propuso repetir una y otra vez el desafío hasta que ya se encontró demasiado agotado como para seguir intentándolo. Cuando se repuso colocó sus manos con atención sobre el pecho de su rival mientras Mimoo observaba escondido detrás de unas máquinas. La sensación que obtuvo fue idéntica a la que experimentó cuando jugaba a las peleas con su hermano mayor provocando que sus ojos se abrieran tanto por la impresión que incluso llegaron a dolerle. - ¿Por qué tienes el pecho tan caliente? –Preguntó Adam.

-Los robots modernos albergamos en nuestro tórax artificial la aglomeración de circuitos y motores más importante para nuestras funciones motrices. Por ello, cuando realizamos actividad física aumenta la temperatura en esta zona de nuestra estructura. –Contestó eficazmente el robot. Mimoo se apresuró a marcharse del lugar.



-Gracias, número 02.

-De nada Adam. ¿Necesitas algo más?

-No, gracias. Me marcharé a cenar que se me hace tarde y mis padres podrían enfadarse. – El chico se giró y se marchó por dónde había venido.

-Entonces volveré a mis tareas. –Concluyó el número 02 aun con Adam ya fuera de la escena.

Mimoo se aseguró de llegar a la cocina antes que Adam de modo urgente.

-¿Dónde está Adam? Se está haciendo tarde. –Preguntó Hans mientras preparaba la cena.

-Ya viene. ¿Dónde está mamá? –Preguntó el niño robot.

-Duchándose...

-Voy a buscarla. –Mimoo tomó a paso ligero el camino hacia el cuarto de aseo.

-¡Espera, hombre! ¡Espera que termine de duchar...! –Cuando Mimoo desapareció de su vista, Hans cayó en la cuenta de que lo que decía no tenía sentido. –Qué tonto soy... Si eres un robot. –Aseveró por lo bajini mientras sacaba la comida de la coloquialmente llamada “impresora de comida” y la colocaba en los platos.

-Hola papá. –Adam, menor de los hermanos y curiosamente a la vez hijo único, apareció en la zona común.

-Hola chaval, vamos, dile a Mimoo que venga que vamos a cenar. Ha ido al baño a decirle lo que sea a mamá. A ella dile también que se dé prisa, la cena se enfría. –El niño marciano asintió con la cabeza y fue corriendo en busca de su hermano y de su madre. Mientras tanto, Katy se retiraba los últimos restos de espuma de su cuerpo en el plato de ducha.

-¡Mamá! –Mimoo llamó su atención entrando en el baño sin avisar ni pedir permiso. Al ver que se trataba del robot, Katy salió sin ningún recato para situarse en el secador de ducha, un aparato parecido a un detector de metales que deja el cuerpo totalmente seco en menos tiempo de lo que dura un pestañeo. Mimoo es un robot, por ello el pudor sobra en esta situación a pesar de tratarse de una mujer especialmente atractiva como Katy. Cualquier varón de cualquier edad palidecería y perdería la capacidad de hablar ante tal imagen. Sin

embargo, Mimoo, la miraba a los ojos y se dedicaba a hablar sin inmutarse. –Debo contaros algo. –El androide reproducía con eficacia el nerviosismo que supuestamente no estaba del todo preparado para mostrar en ausencia de Adam.

-¿Me pasas el pijama? –Interrumpió Katy cuya atención Mimoo aún no había logrado captar.

-Claro. Toma. –Mimoo le entregó el pijama y continuó. –Es sobre Adam.

-¿Qué ocurre? –Katy aumentó su grado de interés al escuchar el nombre de su hijo. Pero sin tiempo para que Mimoo articulase una sola palabra, Adam se personó como una ruidosa aparición bajo el umbral de la puerta del baño.

-Mimoo, mamá. La cena está lista. ¿De qué habláis? –Dijo el chico.

-¡Vaya! Pues ya de nada porque estás aquí. Es que no te encontrábamos y nos habíamos preocupado. –Katy sacó del apuro a Mimoo, incapaz de mentir en presencia de Adam. Los dos hermanos se fueron a la zona común, Mimoo miró atrás y recibió el guiño cómplice de Katy. Gesto que Mimoo guardó bien en la memoria de su disco duro.

Al día siguiente, Adam tenía bien urdido su plan. En esta ocasión el silencio era más bien misterioso. Toda la familia parecía estar esperando que algo ocurriese a juzgar por los últimos acontecimientos ocurridos en torno a Adam y Mimoo. Como siempre, el niño robot fue el primero en dar cuenta de su desayuno con bastante ventaja con respecto a los demás. Adam calculó 10 segundos exactos antes de levantarse también de la mesa.

-¿Qué pasa? ¿No te terminas el plato? –Observó su padre.

-Tengo que ir a hacer pipí. No me aguanto más. –Dijo Adam presionándose la entrepierna con ambas manos y modelando un trabajado gesto de apuro en su rostro.

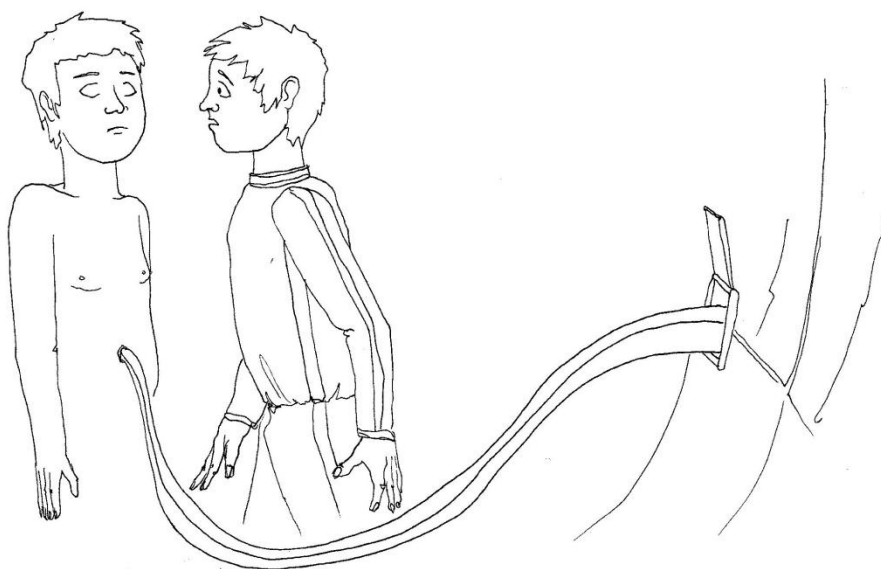
-Anda, corre. –Hans le cedió un simbólico permiso a su hijo y este se fue corriendo en dirección a la minúscula habitación del wáter. Cuando llegó a un punto ciego para sus padres, cambió el ritmo de su avance, se descalzó y cambió el rumbo hacia su habitación caminando sigilosamente. Entonces lo vio, tal y como él esperaba, tal y como él imaginaba pero sin saber si tal y como él quería. Allí estaba Mimoo, completamente rígido. Sus ojos brillaban con una suave luz azul celeste y a su ombligo se conectaba un grueso cable blanco que provenía de un pequeño compartimento en la pared. Adam se acercó a Mimoo con la timidez del miedo a ser descubierto. El robot no se movía, el niño marciano le dirigía gestos cerca de los ojos. Pasó a soplarle, a acariciarle la cara, después le pellizcó. Pero nada, ni un movimiento. El sobresalto fue mayúsculo cuando Mimoo abrió los ojos en el preciso instante en el que Adam más había acercado su rostro al de su mecánico hermano. El grito del niño alarmó a Hans y Katy que conversaban en la zona común a pocos minutos de entrar a trabajar. Ambos corrieron preocupados al receptáculo del wáter pero instantáneamente se percataron de que el grito provenía de la habitación de los niños.

-¡Mierda! –Exclamó Hans intuyendo lo que acababa de ocurrir. Cuando llegaron a la habitación, Adam estaba sentado en el suelo con apariencia de haberse caído del susto. Mimoo lo miraba desde arriba, totalmente bloqueado. Su software no había sido preparado para resolver la violencia de la situación.

-¿Qué hago? –Preguntó a Hans y Katy que estaban aún más confusos ya que en su mente humana las emociones ausentes en un robot jugaban un poderoso y caótico papel. El primero en reaccionar fue Adam, que se decidió con lágrimas en el rostro a levantarse del suelo. Miró a sus padres. Su madre se acercó a él con la intención de abrazarlo pero este rehusó del gesto enérgicamente y con inminencia se giró propinándole un puñetazo en la cara a Mimoo para acto seguido escapar corriendo de la estancia hacia el cuarto de aseo dónde cerró por dentro y comenzó a llorar a moco tendido durante varias horas. Algo en su vida se había roto, si Mimoo era un robot no podía ser su hermano. Pero eso no era lo más importante. Lo realmente decisivo era que si Mimoo era un robot, entonces tan solo era una máquina incapaz de sentir nada, incapaz de amarle. ¿Cómo podía ser? Con todo lo que Adam había querido a su hermano mayor, desnudar la mentira era demasiado duro. “¡Mentirosos!” era lo único que salía de la boca de Adam cada vez que Katy, Hans y Mimoo trataban de hablar con él para que saliese de su refugio. Ni siquiera con la ayuda de Kim, al que también llamó mentiroso, lo lograron. Al cabo de un rato, Adam dejó de contestar. Entendieron entonces que ya había llorado suficiente y el cansancio por fin lo abatió hasta quedarse dormido. Abrieron la puerta con el código de emergencia que habían decidido no utilizar con la esperanza de que Adam saliera de propia iniciativa y llevaron al chico hasta su cama.

Varios días después, Adam rompió por fin su silencio y se decidió a entablar conversación con Mimoo durante un paseo marciano. Ambos iban equipados con la escafandra que les permitía respirar en la superficie marciana y sus pasos requerían casi una tercera parte de esfuerzo que en el interior de la Base Columbus por lo cual sus andares resultaban divertidos.

-Quítate la escafandra. –Ordenó Adam al androide.



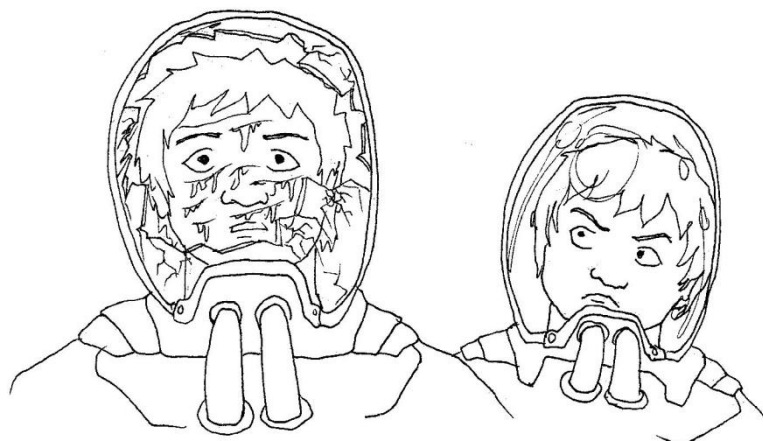
-No puedo hacer eso, Adam. Me moriría por asfixia y de frío. –Respondió Mimoo.

-No tienes que mentirme más. Ya sé que eres un robot. ¡Joder! –El niño marciano cerró los puños y los ojos como si le ayudasen a gritar con todas sus fuerzas.

-No debes usar esas palabras y yo no debo quitarme la escafandra. Continuemos. Aquello de allí es el otro lado del Vallis Marineris. –Mimoo continuó andando. El instante en el que perdió de vista a Adam, este se agachó lentamente y agarró una piedra angulosa. Se levantó con rapidez y golpeó la escafandra del robot haciéndola añicos. Mimoo cayó al suelo y casi de rebote al apoyar su brazo izquierdo volvió a incorporarse. Tenía cortes sangrantes en la cara provocados por el cristal roto de la escafandra pero no presentaba ningún síntoma de asfixiarse lo cual calmó la inicial preocupación de Adam aunque su impresión al ver líquido vital sobre la faz de su hermano no desapareció.

-¿Sangras? –Adam había olvidado que Mimoo siempre había sangrado cuando se hacía alguna herida pero es que el nuevo panorama lo cambiaba todo. Todo lo visto anteriormente no valía.

-Es un fluido refrigerante pigmentado para simular sangre. –Dijo Mimoo tomando una decisión para la que no estaba programado. –No te ocultaré más que soy un robot si es lo que deseas.



-¿Por qué no me pegas? –Preguntó Adam.

-Los hermanos no se pegan. –Aseveró el robot.

-Pero yo he intentado matarte. –A Adam le irritaban las contestaciones de su falso hermano. –Se supone que soy tu hermano.

-Los hermanos no se pegan pero tú ya sabes que no somos hermanos. –Reiteró Mimoo.

-¡Defiéndete! –Adam empujó a Mimoo y este cayó de nuevo al suelo. Le golpeó la cara varias veces por medio de puñetazos pero el androide no contraatacaba así que el chico de Marte desistió. –Eres un robot. Estás programado. No puedes odiarme. Por eso no te defiendes. ¡Mentiroso! ¡No puedes decidir por ti mismo!–Adam volvió a llorar de pura rabia y se incorporó seguido de Mimoo.

-No puedo odiarte porque te quiero. –Dijo Mimoo cariñosamente.

-¡No me quieres! ¡No puedes quererme porque eres un robot! ¡No me quieres y nunca me has querido! Tu programación te obliga a decir eso y a creer que lo sientes. –Mimoo no supo qué replicar. Su rostro demostraba sorpresa, un gesto poco común en robots. Sólo al alcance de los más avanzados en su programación de desarrollo emocional primario. En teoría ningún robot podría liberar emociones sin este software y Mimoo no lo tenía.

-¡Tú también sabes que nunca podré ir a la Tierra! –Dijo con el rostro enrojecido señalando un punto brillante en el rojizo cielo de Marte. –Tú también has ayudado a mis padres a hacer que me crea esa mentira... Lo deseaba con todas mis fuerzas y jamás podré cumplirlo... ¡Yo te odio! ¡Adios! –Adam echó a correr aprovechando las largas zancadas que la gravedad marciana le permitía. Mimoo no se movió del sitio. Parecía reflexionar mientras aplastaba con la bota uno de los cristales rotos de su escafandra y lo escuchaba crujir con curiosidad. Lo agarró con la mano y se lo acercó al rostro. Acto seguido se hizo un profundo corte desde la frontera entre frente y cuero cabelludo hasta la barbilla dejando seccionada su nariz. Suficiente para comprobar que no le dolía. Miró con atención hacia la base y con la misma dedicación empleó unos minutos para contemplar la Tierra en su minúscula apariencia en el conjunto del firmamento marciano.

CAPÍTULO IV: LA TIERRA

En las sucesivas horas, Adam volvió a hablarse con sus padres intentando recuperar la normalidad evitando hablar del tema de Mimoo. Cuando le preguntaban por el robot se enfadaba. “Ha ido a dar una vuelta. Está bien. Además ¿Qué os importa? Es una máquina y ya lo he descubierto así que no lo necesito para nada.” Katy y Hans estaban dolidos por lo sucedido. Sentían su fracaso y aunque trataban de razonar que Mimoo era lo mejor para él, eso era algo que Adam ya sabía y que aún así no aprobaba. El niño de 9 años tenía razón y la gran mentira perpetrada por tantos años los desautorizaba a la hora de contradecir a su hijo. Por la noche, un estruendo despertó a Katy y Hans. El consiguiente molesto y agudo sonido de la alarma hizo lo propio con Adam. Se levantaron corriendo para dirigirse hacia el hall de la sección residencial. Los trabajadores de la Base Columbus corrían de aquí para allá equipándose con los trajes de emergencia y buscando la causa de la alarma. En medio de este barullo apareció Kim ya ataviado con su traje de emergencia.

-Es Mimoo. Se ha vuelto loco. Está destrozando las reservas de oxígeno. –Le dijo jadeando a sus amigos Hans y Katy.

-¡Imposible! –Exclamó Hans apartando al científico chino de su camino y corriendo hacia el almacén de oxígeno.

-¡Hans! ¡Ponte el traje! –Advirtió Kim sin obtener un mínimo gesto de atención por parte de su compañero así que echó a correr tras él. Katy le siguió.

-Ponte el traje de emergencia y espéranos aquí. –Le dijo a Adam que obedeció de inmediato.

Kim, Hans y Katy observaban atónitos junto a otros de sus compañeros la dantesca escena a través del grueso cristal de la puerta del almacén de oxígeno. Mimoo destrozaba todas las bombonas de oxígeno con una potente motosierra más grande que él. Las explosiones lo lanzaban de un lado para otro y hacían explotar las bombonas más cercanas. La piel artificial se caía a tiras del cuerpo desnudo del robot.

- Ha saboteado el sistema de seguridad y ha cerrado por dentro. –Dijo Kim. –No hay forma de entrar ahí. ¿Quién coño le ha programado esa información?

-Debe haberla aprendido... ¡Mimoo! –Gritaban Katy y Hans. –Es inútil, no nos oye... -Dijo Hans golpeando el grueso cristal con su puño derecho.

-Mierda... ¡Sólo queda oxígeno para dos días! –Dijo un sofocado Kim señalando el indicador que había justo encima de la puerta del almacén. -Tenemos que disponer la nave con premura y marcharnos en 24 horas. ¿A qué esperáis? ¡El traje de emergencia! –Y nada más acabar la frase de Kim, el sonido del cierre neumático de la puerta del almacén silenció a todos los presentes. Mimoo, con apenas piel en su cara y empapado en sangre artificial, atravesó el umbral sin uno de sus brazos.

-Voy a apagarme. –Dijo antes de quedar inmóvil en el lugar con los ojos cerrados. – Disculpen las molestias. –Concluyó con una voz intermitente y defectuosa.



24 horas después, la nave está lista para regresar a la Tierra y no habrá que lamentar pérdidas humanas. Los robots también serán partícipes del viaje que durará 2 meses para recorrer 60 millones de kilómetros. Gracias a los avances tecnológicos desorbitadamente acelerados, este viaje no tendrá nada que ver con el primero de los viajes tripulados a Marte el cual duró 7 meses allá por el año 2027. Pero uno de los robots no será de la partida: Mimoo. Según la ley más primordial de la AIRL (Asociación Internacional de la Robótica Legal), todo robot que vulnere los límites impuestos en su programación deberá ser destruido al mínimo daño material o personal que acarree su acción.

-¿Habéis encendido a Mimoo? –Preguntó Adam a sus padres.

-No. –Contestaron ambos cabizbajos tras un perturbador silencio.

-Hay que destruirlo... ¿verdad? –Dijo Adam casi lloriqueando y arrojándose a los brazos de sus padres donde rompió a llorar.

-¿Quieres despedirte de él? –Le propuso su madre. -Adam asintió sin despegar la cara del pecho de ella. Llegaron a la cámara dónde se encontraba el horno que se utilizaba para destruir todo el material tecnológico que fuese necesario eliminar de la base. Sobre una mesa con ruedas estaba Mimoo tumbado. Hans lo encendió. Adam se acercó todo lo necesario como para ser lo primero que viese su hermano al despertar.

-Adam... No llores. Te vas a la Tierra. Lo he hecho por ti. ¿ves? Porque te quiero. Adiós. – Mimoo volvió a apagarse y Adam se descompuso en lágrimas y pena abrazando al robot ante la triste mirada de sus padres.

-Tenemos que partir. –Dijo Hans. El hombre pelirrojo cogió en brazos a su hijo y su esposa fue la que empujó la mesa dentro del horno crematorio que activó e invirtió escasos segundos en reducir a Mimoo a fino polvo negro.

Durante las primeras semanas del viaje, la nostalgia se apoderó de Adam que se pasaba las horas contemplando la esfera roja marciana. En los accidentes de su superficie podía apreciar como Mimoo, el que fue su hermano, le sonreía desde alguna parte. Cuando el planeta quedó reducido a un punto en la inmensidad, Adam se mentalizó de que el deseo de Mimoo era que por fin pudiese viajar a La Tierra durante tantos años anhelada y que debía, por el robot que en calidad hermano decidió apagarse para siempre con el fin de regalarle el mayor de los deseos, recibir el momento con los brazos abiertos. Un lugar maravilloso del universo aguardaba sin saberlo al primer marciano de la historia.

FIN

Francisco Vílchez Barea

22 de Enero de 2013